

¿Todas las cosas? ¡Todas las cosas!

Dr. Justo L. González



Latino/Latina Studies Program
Asbury Theological Seminary
19 de octubre de 2015

¿Todas las cosas? ¡Todas las cosas!

Referencia de las Escrituras: Col 1.15-20

Cuando yo era niño en la escuela —¡de lo cual hace bastante tiempo!— no me gustaba mucho estudiar. En el tercer grado, cada lunes nos hacían un breve examen de lo que se suponía hubiéramos aprendido durante la semana anterior. Casi siempre era una serie de aseveraciones acerca de las cuales había que decidir si eran verdaderas o falsas. Yo odiaba esos examencitos, cuyo único propósito parecía ser echar a perder el fin de semana. Pero entonces descubrí un modo de hacerlos un poquito más fáciles: había toda una lista de palabras que indicaban inmediatamente que lo que se decía era falso. Se trataba de palabras absolutizantes tales como “nunca”, “siempre”, “todos”, “ningún”, “nadie”, y otras parecidas. Con eso se simplificaba el asunto, porque en muchas de las aseveraciones de mis exámenes había tales palabras, y por tanto uno podía sencillamente marcar “Falso”, sin tener siquiera que detenerse a pesarlo mucho.

Un día, le conté a mi papá de mi gran descubrimiento, y su respuesta fue: “Cuidado, que toda regla tiene su excepción, y parte de la verdadera sabiduría está precisamente en descubrir y reconocer esas excepciones.” Si yo quería verdaderamente aprender, y sobre todo aprender a pensar, y no solo a pasar los exámenes de los lunes, al toparme con una aseveración que dijera, por ejemplo, “siempre”, no bastaba con saber que era falsa. Mucho más importante era saber por qué era falsa. Eso era lo que quería decir eso de que “toda regla tiene su excepción”.

Recuerdo que volví a mi cuarto y escribí lo que mi papá me había enseñado: “Toda regla tiene su excepción”. ¡Qué orgulloso me sentí! ¡Eso sí era sabiduría!

Pero entonces, al volver a leer lo que había escrito, descubrí allí una de esas palabras fatídicas: “toda”. Si en un examen se me presentaba esa frase, “Toda regla tiene su excepción”, ¿la marcaría como verdadera, o como falsa? ¿Tenía alguna excepción esta regla? Si la tenía, entonces había que marcarla como “Falsa”, puesto que ella misma era un ejemplo de regla sin excepción. Y si no la tenía, también habrá que marcarla como “Falsa”, puesto que ella misma era una regla sin excepción.

Fui entonces a mi papá a plantearle tan difícil pregunta. Él sonrió, me revolvió la cabellera, y me dijo: “Hijo, cuando sepas la respuesta serás verdaderamente sabio.”

Todo eso me viene a la mente al leer la Epístola de Pablo a los Colosenses, porque en ella aparecen repetidamente esas palabras difíciles que nos dejan perplejos. Escuchemos solamente unos pocos versículos de esa epístola:

Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de *toda* creación. Porque en él fueron creadas *todas* las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; *todo* fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de *todas* las cosas, y *todas* las cosas en él subsisten. Y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en *todo* tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habita *toda* plenitud, y por medio de él reconciliar consigo *todas* las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo

la paz mediante la sangre de su cruz.

Si se me hubiera presentado ese pasaje como parte de un exámen cuando yo estaba en tercer grado, sin siquiera pensarlo mucho lo habría marcado como “Falso”. ¿”Toda la creación”; “todas las cosas”? Por alguna parte debe haber alguna excepción. En algún lugar debe haber una cosa que no caiga dentro de lo que aquí se dice, la excepción que muestra que tal aseveración es falsa.

Y sin embargo sabemos que toda esta aseveración es verdad; que es la verdad de Dios; que en verdad, “en él fueron creadas *todas* las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; *todo* fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de *todas* las cosas, y *todas* las cosas en él subsisten”. Y en verdad “en él habita toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo *todas* las cosas”.

Luego, al leer este pasaje, me pregunto, ¿no será esta la verdadera sabiduría de que mi padre me habló tantos años atrás, revolviéndome la cabellera? Pablo parece decirnos que aquí está la excepción a la regla de que toda regla tiene su excepción. Nos está diciendo que aquí está la verdadera sabiduría, la aseveración total y absolutamente abarcadora que hemos de marcar como “VERDADERA”, toda en letras mayúsculas, para que no quede duda alguna. Nos está diciendo que esta es la Verdad que se encuentra por debajo, detrás y por encima de *toda* otra verdad.

Pero de algún modo, aun cuando sabemos que todo esto es verdad, a veces se nos hace difícil creerlo. Es mucho más fácil clasificar las cosas y declarar que algunas son buenas y otras son malas; que algunas son creación de Dios y otras son creación del Maligno. Si hacemos tal distinción, la obediencia se simplifica, pues es sencillamente cuestión de rechazar y no tocar ninguna de las cosas que no son parte de la buena creación de Dios.

Si tal es nuestra actitud, no seremos los primeros. A lo largo de toda la historia del cristianismo ha habido creyentes que han pensado que el mejor modo de ser santos es huir de aquellas cosas, de aquellos objetos, que no les parecen santos, y negarse por tanto a disfrutar del mundo que Dios ha creado. Algunos han huido al desierto, para no tocar las cosas profanas de la ciudad y de la sociedad. Otros han hecho listas de cosas que contaminan, haciendo leyes dietéticas. Otros han pensado que el cuerpo, particularmente los cuerpos del sexo opuesto, son malos, y que por tanto hay que huir de la propia sexualidad.

Todo esto no ha de extrañarnos, pues hay una tendencia natural a dividir y clasificar las cosas entre las que son buenas y puras, y las que son inmundas e intocables, y que por tanto todo lo que hay que hacer para ser puro y limpio es nunca tocar tales cosas impuras o inmundas.

El apóstol Pedro tuvo dificultades con esta misma cuestión, y le fue necesario tener una visión en la que escuchó las palabras, “lo que Dios ha limpiado, no lo llames tú inmundo”. Y aún después de esa visión, no parece haberla creído del todo, pues al llegar a donde Cornelio un de

las primeras cosas que le dice es “Vosotros sabéis cuán abominable es para un varón judío juntarse o acercarse a un extranjero; pero a mí Dios me ha mostrado que a ningún hombre llame común o inmundo”. (En otras palabras, si de por mí fuera, eso es precisamente lo que te llamaría. Pero Dios no me deja.)

Pablo conoce bien este problema, y es por eso que en esta misma epístola en la que habla de un Cristo “en quien *todas* las cosas fueron creadas”, afirma que quien se somete a preceptos tales como “no manees, ni gustes, ni aun toques” se comporta como si no hubiera muerto con Cristo.

Esto me confunde, pues de niño aprendí que un indicio de no pertenecer al mundo, sino haber muerto con Cristo, era precisamente el no manejar, no probar, no tocar ciertas cosas que eran malas. Y aquí Pablo dice exactamente lo contrario, que el someterse a tales preceptos es señal de que se vive en el viejo mundo, y no se ha muerto con Cristo.

Al leer toda la epístola, resulta claro por qué Pablo dice esto. Su aversión a tales preceptos y clasificaciones entre cosas puras y cosas inmundas se basa en su convicción fundamental de que “en él fueron creadas *todas* las cosas”, y que el propósito último de Dios es “por medio de él reconciliar consigo *todas* las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz”.

Si esto nos sorprende, no estamos solos. San Agustín sufrió una profunda perplejidad ante tal cuestión. De hecho, esa perplejidad fue uno de los obstáculos que tuvo que vencer en su camino a la fe cristiana. Si Dios es el creador de todas las cosas, y si yo soy creación de ese Dios bueno, ¿cómo es que encuentro este mal que hay en mí? Lo más fácil sería decir que hay algunas cosas que son buenas y otras que son malas; unas cosas que son creación de Dios, y otras que no lo son. Por algún tiempo, eso fue precisamente lo que Agustín pensó, y la razón por la cual empezó a seguir el camino de los maniqueos. Pero eso no le satisfizo, y por algún tiempo Agustín coqueteó con la idea de que tanto el bien como el mal no son sino una ilusión, y que no hay verdadera diferencia entre ellos. Pero a la postre, llevado precisamente por esta aseveración paulina de que “en él fueron creadas *todas* las cosas”, llegó a la conclusión de que todas las cosas son buenas, aunque son buenas de diferentes modos.

En primer lugar, hay el Bien Supremo, un bien del cual no podemos usar mal. Ese Bien Supremo es Dios, de quien proviene todo cuanto hay. Ese Bien Supremo no puede usarse, sino solo amarse, obedecerse, seguirse, disfrutarse.

En segundo lugar, hay bienes inferiores. El cuerpo, la comida y todo cuanto hay a nuestro alrededor son bienes inferiores. Hasta el intelecto es un bien inferior. Todas estas cosas son las que en Colosenses Pablo llama “cosas que se destruyen en el uso”. Todas estas cosas son buenas. Pero no son el bien supremo, y por lo tanto pueden ser usadas para mal. El propósito de tales cosas no es que las sirvamos, las obedezcamos, las contemplemos y nos gocemos en

ellas como si fueran el Bien Supremo. Su propósito es que sean empleadas para la gloria de Dios, y para gozar del Bien Supremo, que es Dios.

Estos bienes inferiores sí pueden ser usados para mal. Esto es obra de otro bien, que Agustín llama el bien intermedio. Ese bien intermedio es el libre albedrío, la voluntad. En sí y de por sí, esa libre voluntad es un bien. Es parte de la buena creación de Dios. Hasta podría decirse que la principal señal del amor de un padre no es proveer su sustento, ni siquiera cuidarle, sino que es amar a un hijo que en algún momento le desobedecerá, le causará angustias y quizá hasta profundos dolores. Ningún padre busca tener un hijo incapaz de hacer sus propias decisiones, aun cuando esas decisiones no sean sabias ni correctas, ni sean tampoco del agrado del padre. De igual manera, el amor de Dios hacia nosotros se manifiesta en el habernos creado con un libre albedrío que es ciertamente bueno, pero que como ser intermedio que es se puede usar para el mal, haciendo mal uso de los bienes intermedios y negándose a someterse al Bien Supremo.

En resumen, como Pablo dice, en Cristo *todas las cosas* fueron creadas. Fueron creadas con un propósito. Y ese propósito es el día final en el que, citando todavía a Pablo *todas las cosas* serán reconciliadas con él, y como sigue diciendo Pablo más adelante en la misma epístola, Cristo es “el todo y en todos”.

Henos entonces aquí a nosotros y nosotras. Por encima está el Bien Supremo, el amantísimo

Dios, el Único Eterno. Por debajo y en derredor nuestro están todos esos bienes inferiores con los que Dios ha llenado su creación y que, a pesar de ser buenos en sí mismos, pueden ser usados para bien o para mal por este otro bien, bien intermedio, que es nuestra voluntad. Todos ellos han sido provistos para nuestro uso —para nuestro uso sirviendo a Dios y llevando al gozo y la contemplación del Bien Supremo.

Pero no es así que siempre usamos de esos bienes intermedios. En lugar de usarlos para llevarnos al Bien Supremo, usamos mal de ellos. Vamos en pos de ellos y pretendemos alcanzar en ellos el gozo que solo encontraremos en el Bien Supremo. Como dice Pablo en otro lugar, adoramos y servimos a la criatura antes que al Creador. O, como Agustín diría, usamos mal de esos bienes inferiores, adorándolos a ellos y a nosotros mismos, y por tanto lo que debió haber sido uso se vuelve, otra vez en palabras de Agustín, abuso, ab-uso.

Todo esto bien puede parecer extremadamente abstracto. Pero tiene consecuencias bien concretas. Significa que Dios nos ha dado la tierra y cuanto en ella hay para que usemos sus bienes y sus riquezas en pos del Bien Supremo. Pero el hecho es que usamos de esos bienes como si fueran el objeto final de la vida, y así abusamos de la tierra, de sus bienes, y los unos de los otros.

Para algunos el abuso de la tierra se vuelve entonces cuestión de mera conveniencia. Pero en realidad es un tema teológico. Es un tema que pertenece al centro mismo del evangelio. Una

iglesia o un creyente que estén convencidos de que “*todo* fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de *todas* las cosas, y *todas* las cosas en él subsisten” saben que ab-usar de la creación es expresión de idolatría.

Hay quien quiere hacer de la cuestión de cómo han de usarse los bienes de la tierra una cuestión puramente económica. Pero en realidad es una cuestión profundamente teológica. Una iglesia o un creyente que estén verdaderamente convencidos de que “*todo* fue creado por medio de él y para él, [que] él es antes de *todas* las cosas, y [que] *todas* las cosas en él subsisten” saben que no pueden ab-usar de la tierra o de sus riquezas sin caer en idolatría.

Otros quieren hacer de la cuestión de cómo el poder ha de usarse para manejar los bienes de la tierra una cuestión puramente política. Pero en realidad es una cuestión profundamente teológica. Una iglesia o un creyente que estén verdaderamente convencidos de que “*todo* fue creado por medio de él y para él, [que] él es antes de *todas* las cosas, y [que] *todas* las cosas en él subsisten” saben que no pueden ab-usar del poder sin caer en idolatría.

No cabe duda de que todo esto nos plantea cuestiones difíciles. Hay muchos puntos debatibles. Quizá esa sea una de las razones por las que tan frecuentemente nos dejamos llevar por el “no manejes, ni gustes, ni aun toques”. Resulta más fácil y menos riesgoso decir que ciertas cuestiones son espirituales, y abandonar el resto a su propia suerte. Pero ese no es el mensaje a que la iglesia ha sido llamada a proclamar y a vivir. El mensaje que hemos sido llamados a

proclamar y servir es precisamente que “*todo* fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de *todas* las cosas, y *todas* las cosas en él subsisten”.

Estoy convencido de que es a esta sabiduría que se refería mi padre al decirme: “Hijo, cuando sepas la respuesta serás verdaderamente sabio.” Toda regla tiene su excepción. Hace setenta años, descubrí la regla según la cual las declaraciones absolutas son falsas. Ahora, al leer que “*todo* fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de *todas* las cosas, y *todas* las cosas en él subsisten”, me complace anunciarles que esta es la gran excepción. Esta es la regla que no tiene excepciones. Ante ella, no nos queda sino escribir “VERDADERO” con letras mayúsculas y con mano firme.

Y el Padre creador y fuente de *todas las cosas*, el Hijo quien es el principio y el fin de *toda la creación*, y el Espíritu Santo que nos conduce a *toda verdad*, el solo Dios Trino, nos bendiga y nos guarde hasta el fin de *todos los tiempos*. Amén.